

MATEO AGUADO, DIANA CALVO, CANDELA DESSAL,
JORGE RIECHMANN, JOSÉ A. GONZÁLEZ Y CARLOS MONTES

La necesidad de repensar el bienestar humano en un mundo cambiante

El bienestar humano es un concepto ambiguo y confuso cuya consecución ha preocupado al ser humano durante toda su existencia y que exige una revisión profunda. El auge galopante de la concepción occidental del bienestar humano, entendido como nivel de consumo, amenaza con precipitarnos hacia un colapso civilizatorio. Hablemos de rescatar y transversalizar una concepción de bienestar humano más holística e integradora que esté sustentada en las necesidades humanas básicas y enfocada hacia aquellos valores intangibles que dan sentido a la vida, como las buenas relaciones sociales y unos ecosistemas bien conservados. Lograr un mundo feliz, justo y sostenible dependerá en gran medida de ello.

El bienestar humano es un concepto enormemente complejo y abstracto cuya comprensión ha suscitado tradicionalmente grandes dificultades interpretativas. Estas dificultades han dado pie a múltiples teorías en cuanto a sus componentes y dimensiones que aun hoy no se han traducido en un consenso ampliamente aceptado sobre el mismo. La noción subyacente, sin embargo, a pesar de haber recibido juicios variables a lo largo de la historia (normalmente influidos por los acontecimientos sociales y económicos de cada momento),¹ ha sido considerada prácticamente siempre como meta común y universal del ser humano.

Han sido muchas las esferas de conocimiento que a lo largo de la historia han abordado la cuestión del bienestar humano; un concepto que nunca ha

Mateo Aguado es investigador del Laboratorio de Socio-Ecosistemas (UAM)

Diana Calvo es investigadora en el Instituto de Ciencia y Tecnología Ambiental (UAB)

Candela Dessal es investigadora del Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales (UAM)

Jorge Riechmann es profesor titular de Filosofía Moral (UAM)

José A. González y Carlos Montes son Profesores del departamento de Ecología (UAM)

¹ S. Alkire, «Dimensions of human development», *World Development*, núm. 30 (2), 2002, pp. 181-205.

estado sujeto a un ámbito científico determinado. En los últimos años, no obstante, ha pasado de ser un fenómeno mayoritariamente tratado desde el ámbito de la filosofía a trascender al terreno público, social e incluso político. Tanto es así que durante la última década han proliferado de forma insólita en las librerías de todo el mundo los textos relacionados con la felicidad, el bienestar, el desarrollo personal, la autoestima, la superación, la psicología positiva, etc. Por su parte, el número de publicaciones científicas que incluyen el término *bienestar humano* no ha dejado de aumentar año tras año durante las dos últimas décadas.²

Así, haciéndose eco de este creciente interés social, los gobiernos de muchos países han comenzado a incorporar recientemente en sus agendas políticas iniciativas que tratan de explorar estrategias alternativas o complementarias al Producto Interior Bruto (PIB) a la hora de evaluar el bienestar humano y el progreso social de las naciones. Un ejemplo de ello es la comisión especial que Nicolás Sarkozy, el anterior presidente de la República francesa, solicitó en 2008 al prestigioso economista Joseph Stiglitz para tratar de identificar las limitaciones del PIB y tratar de avanzar en la ardua tarea de medir el progreso social. En esta misma dirección, en noviembre de 2010, con el lanzamiento del Programa Nacional de Medición del Bienestar, el primer ministro del Reino Unido, David Cameron, aludió a la necesidad de superar la hegemonía del PIB, centrándose en el nuevo paradigma del *GWB (General Well-being)*. Mención especial merece en este sentido el proyecto mundial de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), *Measuring the Progress of Societies*, en el que participa España a través de la embajada de España ante la OCDE, el Instituto Nacional de Estadística (INE), la Oficina Económica del Presidente, el Club de Roma y el Observatorio de la Sostenibilidad en España (OSE).

Fuera de Occidente también existen casos interesantes encaminados igualmente a cuestionar la hegemonía del PIB como indicador único de la salud de una nación. Los ejemplos son dispares. Desde la iniciativa llevada a cabo por el Gobierno de Bután al desarrollar la denominada *felicidad nacional bruta* (FNB), hasta las nuevas constituciones de Ecuador y Bolivia, que reconocen, por vez primera en el constitucionalismo mundial, los derechos de la naturaleza y la cosmovisión de vida de los pueblos originarios del país: el *buen vivir* (o *Sumak kawsay*) de Ecuador y el *vivir bien* (o *Suma qamaña*) de Bolivia.

El interés por la medición del bienestar humano, hasta ahora dominado por los aspectos económicos y monetarios y, en definitiva, por las nociones clásicas de progreso y desarrollo, parece estar dando paso a una visión más holística y transdisciplinar en donde se

² D. Calvo-Boyero, *Repensando el concepto de bienestar humano desde la ciencia de la sostenibilidad: aplicación práctica al socio-ecosistema de Doñana*, Proyecto fin de carrera, Universidad Autónoma de Madrid, 2010 (mimeo).

empiezan a tener en cuenta no solo ya los aspectos objetivos del mismo sino también los subjetivos.

A todo ello hay que añadir la nueva aproximación *ecológica* que en los últimos años ha comenzado a ganar terreno y a través de la cual se conceptúa el bienestar humano como un subsistema de la naturaleza de la cual depende.³ Este nuevo marco conceptual se sustenta en la convicción de situar la esfera económica al servicio de la sociedad (y no al revés), siendo ambas esferas –economía y sociedad– subsistemas de la biosfera; una biosfera cuyos límites biofísicos están siendo cada vez más sobrepasados por la desmesurada expansión del sistema financiero de la sociedad humana.

Sin ignorar jamás el contexto ecológico sobre el cual irremediamente reposa el bienestar humano, el presente trabajo se centra en los aspectos más sociales y filosóficos del mismo, abordando el concepto desde el pensamiento complejo y el entendimiento transdisciplinar. Para ello, el artículo se estructura en seis apartados clave que tratan de desarrollar un análisis crítico en torno al actual estado de la cuestión del bienestar humano y a cuáles han sido y deberían ser los principales focos de atención al respecto.

Evolución del concepto de bienestar humano en la sociedad occidental

Con el fin de mejorar la comprensión del concepto *bienestar humano*, se desarrolla a continuación una breve revisión histórica del mismo –desde la Antigüedad grecorromana hasta nuestros días– estructurada en tres subapartados clave.

Grandes pensadores de la Antigüedad

Las sociedades de la antigua Grecia, organizadas en torno a grandes agrupaciones sociales conocidas como *polis*, permitieron la especialización de oficios –sobre una base productiva esclavista y sexista, conviene no olvidarlo– de tal forma que la sociedad podía satisfacer sus necesidades inmediatas al mismo tiempo que expandía sus inquietudes filosóficas y políticas, consideradas fundamentales en esta época.⁴ Así, al abrigo de las que fueron las primeras democracias del mundo, surgieron numerosos pensadores, científicos y filósofos que hicieron de este uno de los periodos más ricos en la historia humana.

³ Millenium Ecosystem Assessment, *Ecosystems and human well-being: Synthesis report*, Island Press, Washington, DC, 2005.

⁴ A. Kenny, *Breve historia de la filosofía occidental*, Paidós, Barcelona, 1998.

El término griego esencial en todo debate ético-político era la *eudaimonia*, que podría traducirse hoy como *felicidad*, aunque más correcto sería hablar de *vida lograda, plena o cumplida*, pues solía concebirse para la totalidad de una vida y no tanto para sensaciones subjetivas y pasajeras de satisfacción o placer.⁵ La *eudaimonia* era así la expresión de la máxima virtud,⁶ en la que el ser humano era justo, según Platón, o sabio según Aristóteles. La conexión entre ambas teorías se centraba en la esencia misma de la felicidad, la cual no es estrictamente individual, sino que se encaja en un modelo de vivir en interrelación con los demás.

De esta forma, la felicidad no era concebida llanamente como disfrute o placer, sino como una forma de vivir que mereciese ser vivida. Aristóteles sostenía que el placer, sin tener que ser excluido totalmente de la definición de felicidad, no era el bien soberano. Eran tres los tipos de bienes que, según su *Ética nicomaquea*, deben tenerse para alcanzar el bienestar: los bienes externos, los bienes del cuerpo y los bienes del alma. Así, el filósofo griego concebía la felicidad como el fin último de la actividad humana; como el *bien perfecto* por excelencia, exento de todo propósito ulterior,⁷ «pues la elegimos siempre por ella misma y nunca por otra cosa».⁸ Se trataría, por lo tanto, de un florecimiento personal capaz de desarrollar armónicamente las capacidades propias de cada individuo.

Epicuro de Samos, por su parte, entendía la *eudaimonia* como la ausencia de dolor, y distinguía dos clases de placeres relacionados con dicha ausencia. Los primeros eran los *placeres estáticos*, que nos quitan el dolor rápidamente y que no son susceptibles de incrementarse («el mayor placer está en beber agua cuando se tiene sed y en comer pan cuando se tiene hambre».⁹ Dentro de estos, Epicuro discernía entre la *aponía*, o placeres para el cuerpo, como son el agua (que cura la sed), el alimento (que cura el hambre) y el techo y abrigo (que curan del frío); y la *ataraxia*, o placeres del alma (como la filosofía y la amistad). En segundo lugar se encontraban los *placeres cinéticos*, cuya variación cualitativa y momentánea no incrementa la ausencia de dolor (como beber agua cuando ya no se tiene sed).¹⁰

Ambos maestros –Aristóteles y Epicuro– resaltaron enfáticamente la importancia de la *philia*,¹¹ según la cual, sin unos vínculos sociales satisfactorios es difícil alcanzar la *eudai-*

⁵ J. Riechmann, *¿Cómo vivir? Acerca de la vida buena*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011.

⁶ D.G. Myers y E. Diener, «Who is Happy?», *American Scientific Psychological Science*, núm.6 (1), 1995, pp. 10-19.

⁷ R. Ramírez, *La felicidad como medida del buen vivir en Ecuador*, SENPLADES, Quito, 2008.

⁸ Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1994, p.39.

⁹ Epicuro, *Ética*, Barral, Barcelona, 1974, p. 73.

¹⁰ E. Lledó, *El epicureísmo*, Taurus, Madrid, 2003.

¹¹ Traducida normalmente por amistad, la *philia* realmente expresa todo sentimiento de afección y compromiso con los otros; sentimientos tales como amistad, amor, benevolencia, cooperación, filantropía, etc.

monia. La felicidad –defendía así Aristóteles– es un bien social, no meramente individual, que se da en una convivencia entre iguales.

A pesar de todas las referencias a la moral que dominaban el pensamiento grecorromano, Aristóteles ya mostró su preocupación por los problemas que luego hemos conceptualizado como la mercantilización, alienación o el crecimiento económico, advirtiendo proféticamente que las sociedades no deberían observarse desde los patrones económicos como el ingreso o la riqueza, que no se desean por sí mismos, *sino que se desean como medio para alcanzar otros objetivos*.¹²

Sin embargo, los llamamientos a la simplicidad voluntaria, a la mesura y a la armonía social que caracterizaron el pensamiento griego de la época no impidieron que el imaginario social dominante avanzase, siglos después, hacia una concepción del bienestar sustentada –erróneamente– en valores materiales, individuales y mercantiles.

Mercantilización del bienestar humano

La cultura de la Antigua Grecia sentó, sin duda, las bases de la civilización occidental. Acontecimientos clave ocurridos en los siglos sucesivos (como la creación del Derecho Romano y la identidad formal de la propiedad privada, el descubrimiento de América y el auge sin precedentes de las rutas comerciales, así como la revolución industrial) consiguieron la expansión de las fronteras del mercado y la paulatina concentración del poder en manos de los comerciantes.¹³ Este auge comercial asentó una sociedad materialista centrada en la convicción de que las propiedades materiales eran la base de la felicidad y del bienestar individual.

Con la revolución industrial y la publicación de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith (1776), se producen algunos de los cambios más influyentes en el campo de la economía a través de la paulatina incorporación de la sociedad y la naturaleza en el mercado como factores de producción.¹⁴ Estos factores comenzaron a ser manejados por las leyes del mercado, donde la oferta y la demanda marcaban el nivel más eficiente de uso de cada uno de ellos. Estos “eficientes” mercados, sin embargo, y como nos recuerda Dávalos, son «eficientes porque no son éticos»,¹⁵ pues bajo la lógica del coste/beneficio los recursos

¹² PNUD, *Informe sobre desarrollo humano 1990*, Capítulo 1: Definición y medición del desarrollo humano, FCE, México, 1990, pp. 31-36. URL: http://hdr.undp.org/en/media/hdr_1990_es_cap1.pdf.

¹³ J. K. Galbraith, *Historia de la economía*, Ariel, Barcelona, 1989.

¹⁴ K. Polanyi, *The Great Transformation*, Rinehart, Nueva York, 1944.

¹⁵ P. Dávalos, «Sumak Kawsay (La vida en plenitud)» en S. Álvarez Cantalapedra (coord.), *Convivir para perdurar: conflictos ecosociales y sabidurías ecológicas*, Icaria/CIP-Ecosocial, Barcelona, 2011, p. 208.

escasos, la distribución y las consideraciones con la naturaleza son aspectos de nula importancia.

Así, por primera vez en la historia de la humanidad, la capacidad de subsistencia iba dependiendo de la “mano invisible” del mercado, cuya eficiencia fue incorporada en las ideas filosóficas de la época, donde la visión de la doctrina utilitarista (que se desarrolló durante el siglo XVIII a través de pensadores como Jeremy Bentham) sentaría las bases del pensamiento económico moderno, proponiendo la mayor felicidad para el mayor número de personas.¹⁶ De esta forma, el bienestar se ligaba estrechamente a la producción material y su mejor reparto pasaba necesariamente a través de la regla de la oferta y la demanda. A partir de este momento y hasta nuestros días ha prevalecido una concepción del bienestar humano de claro sesgo economicista.

El Estado de bienestar

Con todo ello llegamos a principios del siglo XX, con la teoría económica del bienestar (*welfare*)¹⁷ impulsada por Arthur Pigou, la cual se centraba en el uso eficiente de los recursos para lograr el máximo nivel de bienestar económico. Tiempo después, a mediados de la década de 1940, las ideas del economista británico John Maynard Keynes en pro del reforzamiento del Estado para satisfacer ciertas necesidades sociales comenzaron a adquirir fuerza en un escenario de crisis generalizada –producto de la gran depresión– que culminó posteriormente con la segunda guerra mundial. Fue el nacimiento del conocido Estado de bienestar (*Welfare State*),¹⁸ por el cual se entiende aquel modelo general de organización social según el cual el Estado trata de proveer ciertos servicios o garantías sociales básicas a la totalidad de la población de un país y de protegerla frente a contingencias como el desempleo, la enfermedad, la vejez, etc.

Conviene no olvidar, sin embargo, que el surgimiento del Estado de bienestar está directamente ligado al poder de los mercados.¹⁹ Como lo definió Thomas H. Marshall, Estado de bienestar es una combinación de democracia, bienestar social y capitalismo,²⁰ que hace posible la existencia del denominado “capitalismo democrático”.²¹ De esta manera, un míni-

¹⁶ A. Kenny, *op. cit.*, 1998.

¹⁷ Resulta importante distinguir entre *welfare* y *well-being*. Aunque ambos se traducirían directamente como *bienestar*, el primero lo haría en el sentido de protección o tutela, mientras que el segundo lo haría en el sentido de sentirse bien, de ser y estar bien.

¹⁸ Estado de bienestar en el sentido anteriormente referido de protección o tutela (*welfare*) proporcionada, en este caso, por el Estado.

¹⁹ D. Anisi, *Creadores de escasez: del bienestar al miedo*, Alianza, Madrid, 1995.

²⁰ T. H. Marshall, *Class, Citizenship and Social Development*, Anchor Books, Nueva York, 1964.

²¹ C. Offe, *Democracia competitiva de partidos y Estado de bienestar keynesiano. Reflexiones acerca de sus limitaciones históricas*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1982.

mo Estado de bienestar era requerido para contener ciertas necesidades sociales e incluir a las mayorías en un sistema que, realmente, las excluía (no por esta vía, sino por el propio régimen de acumulación de riqueza, exclusivo para muy pocas manos).²²

Al fin y al cabo, el Estado de bienestar fue un acuerdo entre el capital y el Estado –conocido como *pacto keynesiano*– donde, además de otros rasgos, se concedió un importante papel al sector público en la economía (modelo intervencionista). De esta forma, además de su función económica, el Estado de bienestar cumplía una función social primaria: lo que los menos favorecidos no podían adquirir en el mercado (como educación, sanidad, ayuda al desempleo o pensiones), podían recibirlo por la vía democrática.²³

El keynesianismo creó así una brecha con la economía neoclásica que logró cimentar las bases de la economía capitalista en las sociedades modernas. En consecuencia, en la actualidad se concibe muchas veces que la generación de bienestar humano está estrechamente ligada a la estructura de un Estado de bienestar, por el elevado valor otorgado por la sociedad a las prestaciones sociales.²⁴ El concepto de *bienestar* es así hoy entendido bajo el sentido *keynesiano* de cobertura de las necesidades básicas y bajo el sentido liberal de “seguridad nacional”. De este modo el Estado de bienestar se convirtió en una parte importante del capitalismo moderno.

Todo esto, sin embargo, no enmascara la que es una de las funciones principales del Estado de bienestar: la defensa del mercado. El modelo keynesiano nunca rompió con el capitalismo ni con la economía neoclásica, sino que propuso una salida a la onda recesiva a través del Estado con el objetivo de que los mercados volvieran a estar en condiciones de regularse en buena medida por sí mismos. En palabras de Mishra, «el bienestar sólo se toleraba mientras no interfiriera con la lógica de la producción capitalista»,²⁵ es decir, mientras no entorpeciera el crecimiento económico.

Por lo tanto, el Estado de bienestar nunca se opuso al capitalismo (dependía de éste para sobrevivir), preocupándose más del control social que del cambio social. Fue, pues, incapaz de mantener su doble finalidad de acumulación de capital y legitimación democrática.²⁶

La crisis del Estado de bienestar que la actual coyuntura económica ha puesto de manifiesto empezó realmente muchos años atrás, a mediados de los setenta, con el auge del

²² C. Offe, *Contradicciones en el Estado del bienestar*, Alianza Editorial, Madrid, 1990. A. Serrano, «La periferia europea podría mirar a Latinoamérica», *Página 12*, Buenos Aires, 15 de agosto de 2012.

²³ D. Anisi, *op. cit.*, 1995.

²⁴ J.K. Galbraith, *op. cit.*, 1989.

²⁵ R. Mishra, *El Estado de bienestar en crisis*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, p. 54.

²⁶ J. Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.

capitalismo financiero. Fue a partir de la crisis del petróleo de 1973 cuando el capital rompió con el *pacto keynesiano*.²⁷ Se pasó entonces –y sobre todo a partir de los años ochenta– de un modelo capitalista (fordista y productivo) más o menos keynesiano a un modelo capitalista financiarizado, deslocalizado y crecientemente globalizado que perdura hasta nuestros días.²⁸ Bajo este último modelo, basado en la especulación como objetivo para aumentar los beneficios sin la necesidad de una demanda efectiva, crecimiento económico y un mayor empleo ya no presentaban demasiada correlación (pues el beneficio no se invertía en más industria, sino en la bolsa).

Junto a la especulación, la gestión del Estado de bienestar bajo las normas del mercado, orientadas a sacar beneficios de sectores como la educación, la sanidad o las pensiones, terminaron de degradar la idea keynesiana de un Estado capaz de cubrir aquellas necesidades básicas que los menos adinerados no podían adquirir a través del mercado. Estos beneficios, obtenidos a costa de mercantilizar los servicios básicos del Estado de bienestar, en lugar de invertirse en producción, se transformaron en capital financiero (que ofrecía préstamos al Estado, los bancos o las empresas, a cambio de un interés). Los préstamos se materializaron en acciones, bonos, divisas y deuda pública, al mismo tiempo que entraron al mercado como una mercancía más (tráfico de dinero) que se compraba y se vendía (y cuyo valor podía fluctuar en función de las operaciones de compra-venta del mercado desregulado). Y es que estos mercados financieros parecían, a priori, mucho más rentables que la inversión productiva (pues se ahorraban el coste salarial, entre otros).

Este sistema financiero tiene, sin embargo, una peculiaridad que lo vuelve especialmente peligroso e insostenible: al estar escasamente regulado, es capaz de crecer muy por encima de la economía real.²⁹ De esta forma, la triste realidad es que la economía mundial se sostiene hoy sobre una inmensa pirámide de deuda que ha sido ingeniosamente trasladada del ámbito privado al público, de manera que la ciudadanía es la responsable de avalar y después pagar los agujeros financieros que el sistema va abriendo.

Esta injusta situación, que cada vez amenaza más con someter y condicionar el bienestar humano de toda la humanidad a los codiciosos intereses de la esfera financiera, ha adulterado de tal forma el ideario *bienestarista* de las sociedades (occidentales sobre todo) que apremia más que nunca antes en la historia de la humanidad hacer un alto en el camino para repensar nuestro rumbo. Y para la nueva ruta que deberíamos tomar será suma-

²⁷ Entre las múltiples causas que explicarían esta ruptura, cabe destacar lo que Zygmunt Bauman ha llamado *el divorcio entre el poder y la política* (El Mundo, 12 de julio de 2012); divorcio que ha resultado ser a favor del poder (capacidad de hacer cosas) y en perjuicio de la política (capacidad de decidir qué hay que hacer).

²⁸ J. Riechmann, «Frente al abismo», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, núm. 115, 2011, pp. 27-48.

²⁹ El Banco Mundial publicó en 2011 un informe que afirmaba que había 10.000 veces más dinero circulante en los mercados que dinero físico.

mente conveniente rescatar muchas de las sabias ideas del pensamiento grecorromano que en buena medida venimos erradamente ignorando desde hace ya más de dos mil años.

Aclarando diversos conceptos en torno al bienestar humano

Hasta el día de hoy no existe una única y clara definición aceptada de *bienestar humano*: un término amplio y controvertido que ha sido interpretado de muchas maneras diferentes.³⁰

En inglés, el verbo *to be* significa de forma simultánea *ser* y *estar*. Sin embargo, en su traducción al español, el término *well-being* se traduce únicamente por *bienestar*. Es decir, solo se toma en cuenta el *estar* de las personas, y no así su *ser*.³¹ Esta circunstancia, aparentemente menor, es sin embargo sumamente trascendental, pues coloca en nuestro imaginario cognitivo una concepción de bienestar humano sesgada desde su origen hacia los matices más aparentes, olvidando así los aspectos más existenciales, espirituales e inmateriales.

Tras esta estela, existen hoy profundas confusiones terminológicas frente a términos tales como *bienestar*,³² *calidad de vida* o *nivel de vida*, que suelen considerarse intercambiables y que conviene aclarar antes de continuar.

Bienestar (de *bien* y *estar*) presenta tres entradas en el diccionario de la Real Academia Española (RAE): «i) conjunto de las cosas necesarias para vivir bien; ii) vida holgada o abastecida de cuanto conduce a pasarlo bien y con tranquilidad; y iii) estado de la persona en el que se le hace sensible el buen funcionamiento de su actividad somática y psíquica». Por su parte, el Diccionario Enciclopédico de Economía define el bienestar de una persona como «el grado en el que las necesidades que siente están satisfechas». A la vista de estas entradas, se diría que el concepto de bienestar tiene que ver con el abastecimiento de cosas necesarias para vivir bien proporcionándonos una vida entretenida, tranquila y saludable, pues por ningún lado aparece la connotación monetaria y mercantilizadora.

Un concepto hermanado con el de bienestar humano es el de calidad de vida. A pesar de que *calidad de vida* aparece definido por la RAE como el «conjunto de condiciones que

³⁰ J. K. Summers, L. M. Smith, J. L. Case y R. A. Linthurst, «A Review of the Elements of Human Well-Being with an Emphasis on the Contribution of Ecosystem Services», *Kungliga Svenska Vetenskapsakademiens Handlingar*, núm. 41, 2012, pp. 327-340.

³¹ R. Ramírez, *op. cit.*, 2008.

³² Es importante antes de seguir distinguir entre las dos vertientes que este concepto presenta: la vertiente individual (bienestar humano) y la vertiente social (bienestar social). El presente trabajo se centrará en la concepción individual del mismo, pues se entiende que el bienestar social, amparándose en la media aritmética aplicada a grupos sociales, encierra por lo general importantes desigualdades internas en lo que respecta al concepto de una vida buena (lo que no quiere decir que no existan indicadores de carácter social enormemente útiles, como la cobertura de servicios sociales o la huella ecológica).

contribuyen a hacer agradable y valiosa la vida», aun hoy no existe un consenso claro sobre su similitud con el concepto de bienestar, pues mientras que muchos autores identifican ambos términos como sinónimos, muchos otros consideran que tienen implicaciones distintas.³³ Ostroot y colaboradores consideran *calidad de vida* como la terminología moderna de *bienestar*.³⁴ García-Durán y Puig, por su parte, sostienen que *bienestar* es un concepto más amplio que *calidad de vida*;³⁵ mientras que la UNESCO, por el contrario, considera la *calidad de vida* como un concepto más general que *bienestar*, argumentando que este último es una de las condiciones que han de cumplirse para alcanzar una vida de calidad.³⁶ En esta línea, Levi y Anderson sostienen que *calidad de vida* ha de ser entendido como la suma de bienestar físico, mental y social.³⁷ Gildenberger, por su parte, define la calidad de vida como la «capacidad que posee el grupo social ocupante de satisfacer sus necesidades con los recursos disponibles en un espacio natural dado. Abarca los elementos necesarios para alcanzar una vida humana decente».³⁸ Para Max-Neef la calidad de vida depende de la posibilidad que tenga un individuo de satisfacer adecuadamente sus necesidades humanas fundamentales;³⁹ contemplándose así la satisfacción de dichas necesidades como la base de la satisfacción con la vida.⁴⁰

Pese a los diferentes enfoques existentes en torno a los términos *bienestar* y *calidad de vida*, a efectos prácticos y de aquí en adelante el presente artículo los considerará como sinónimos; cosa que no sucede –como veremos a continuación– con el término *nivel de vida*.

³³ M. Domínguez-Serrano, *Género y bienestar: una propuesta de medición*, Tesis doctoral, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2009.

³⁴ N. Ostroot, D. Shin y W. Snyder, «Qualité de la vie et bonheur», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, núm. 72, 1982, pp. 93-111.

³⁵ J.A. García-Durán de Lara y P. Puig Bastard, *La calidad de vida en España. Hacia un estudio de los indicadores sociales*, Moneda y Crédito, Madrid, 1980.

³⁶ UNESCO, «Les indicateurs du changement économique et social et leurs applications», *Rapports et Documents de Sciences Sociales*, núm. 37, 1979.

³⁷ L. Levi y L. Anderson, *La tensión psicosocial: población, ambiente y calidad de vida*, El Manual Moderno, México, 1980.

³⁸ C.A. Gildenberger, «Desarrollo y calidad de vida», *Revista Argentina de Relaciones Internacionales*, núm. 12, vol. 4, pp. 41-53, 1978. En *Homenaje a Cataluña* George Orwell escribió: «Si me hubieses preguntado por qué razón me involucré en las milicias, te habría respondido: para combatir el fascismo. Y si me hubieses preguntado por qué ideal me batía, habría respondido: la decencia común». Tras la *common decency* de Orwell, Isaiah Berlin habló en más de una ocasión de la necesidad de garantizar una *sociedad decente*, aunque no podamos acercarnos a ideales de justicia absoluta. Y –se diría que con espíritu parecido– en años recientes la OIT lanzó la consigna de *trabajo decente*.

³⁹ M. Max-Neef, «Development and human needs», En P. Ekins y M. Max-Neef (eds.), *Real-Life Economics: Understanding Wealth Creation*, Routledge, Londres, 1992.

⁴⁰ R. Costanza, B. Fisher, S. Ali, C. Beer, L. Bond, R. Boumans, N. L. Danigelis, J. Dickinson, C. Elliott, J. Farley, D. E. Gayer, L. M. Glenn, T. Hudspeth, D. Mahoney, L. McCahill, B. McIntosh, B. Reed, S.A.T. Rizvi, D.M. Rizzo, T. Simpatico y R. Snapp, «Quality of life: an approach integrating opportunities, human needs, and subjective well-being», *Ecological Economics*, núm. 61, 2007, pp. 267-276. A.W. Vemuri y R. Costanza, «The role of human, social, built, and natural capital in explaining life satisfaction at the country level: toward a National Well-Being Index (NWI)», *Ecological Economics*, núm. 58, 2006, pp. 119-133. Hágase notar la recurrencia de la palabra *necesidad* en todas las definiciones que se han citado en referencia a los términos bienestar y calidad de vida. Como se verá en mayor profundidad en el apartado 5, concretar el contenido y la relevancia del término *necesidad* resultará de vital importancia en nuestro empeño por mejorar la comprensión del concepto *bienestar humano*.

Los primeros estudios que se hicieron sobre condiciones de vida –que datan de finales del siglo XIX– asocian el nivel de vida al consumo de bienes y servicios.⁴¹ Nivel de vida hoy, según la RAE, se define como el «grado de bienestar, principalmente *material*, alcanzado por la *generalidad* de los habitantes de un país, los componentes de una clase social, los individuos que ejercen una misma profesión, etc.» Así, *nivel de vida* se relaciona con una concepción de bienestar principalmente material, referida siempre a la tónica general de un determinado grupo social que tiende a ignorar las desigualdades internas. Es decir, se trataría de una aproximación económica del bienestar que asume una masa social uniforme.

El término *bienestar social* (*social welfare*),⁴² por su parte, está asociado igualmente a esta forma economicista y mercantil de entender el *vivir bien* que se aproxima antes al nivel de vida que a la calidad de vida, siendo referido siempre a la generalidad de un grupo dominante.

Por último, y nuevamente según la RAE, existen dos acepciones para la palabra *valor* que se relacionan directamente con las dos concepciones de bienestar analizadas (*nivel* y *calidad de vida*). La primera de estas acepciones hace referencia al «grado de utilidad o aptitud de las cosas para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar». La segunda se relaciona más con la «cualidad de las cosas en virtud de la cual se da por poseerlas cierta suma de dinero o algo equivalente». La primera es lo que se conoce (desde los economistas clásicos a partir de Adam Smith y David Ricardo, y luego Karl Marx) como *valor de uso* y la segunda correspondería al *valor de cambio*. La primera de estas acepciones se vincularía así más con la *calidad de vida* mientras que la segunda lo haría con el *nivel de vida*.

Sin presentarse como antagónicas, sino como extremos de un mismo gradiente que define el *estilo de vida*, todas estas formas de aproximarse al concepto de bienestar tienen importantes repercusiones que trascienden, no solo ya sobre el bienestar de las personas, sino también sobre la conservación de los ecosistemas y su biodiversidad y, en definitiva, sobre la sostenibilidad ambiental y la equidad social global del planeta (gráfico 1).

⁴¹ M. Domínguez-Serrano, *op. cit.*, 2009.

⁴² Aquí, nuevamente, se ve la importancia de distinguir entre *welfare* y *well-being*.

Gráfico 1. Esquema conceptual de los diferentes usos terminológicos que giran en torno al estilo de vida y sobre los cuales suelen producirse confusiones



Fuente: basado en Evaluación de los Ecosistemas del Milenio de España, *La evaluación de los ecosistemas del milenio de España. Síntesis de resultados*, Fundación Biodiversidad, Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, España, 2011, pp. 12, 13.

Las personas centran así su *estilo de vida* en algún punto a lo largo del gradiente existente entre el *nivel de vida* y la *calidad de vida*. O lo que es lo mismo, tienden a orientar sus hábitos hacia un estilo de vida que premia la acumulación material, o bien hacia una vida que antepone la calidad frente a la cantidad y el “o” frente al “y”, siendo así –por lo general– más sensible al escenario natural bajo el cual se desarrolla y a la realidad social que lo alimenta.⁴³

Un *estilo de vida* específico implica una opción consciente o inconsciente entre un sistema de comportamientos. Son las personas –en sus contextos sociales–, al fin y al cabo, quienes optan por guiar sus decisiones cotidianas en una u otra dirección, desplazando así su percepción de una vida buena hacia lo que se ha definido como *nivel de vida*, o bien hacia la *calidad de vida*.

En consonancia con sus homólogos ingleses *lifestyle* y *way of life*, el *estilo de vida* (modo de vida, hábito de vida o forma de vida) podría definirse de esta forma como el conjunto de comportamientos, valores y actitudes que desarrollan las personas en función de la forma que tienen de entender la vida y sus particulares esquemas de obrar, pensar, y sentir. Se

⁴³ Conviene aclarar (como se abordará en profundidad en el apartado 6) que, cuando se critica la dimensión material del nivel de vida, se hace en referencia a los placeres cinéticos (efímeros), pues siempre es necesario para vivir un mínimo de materiales (como vivienda, comida, y otros medios de subsistencia), sin los cuales es imposible alcanzar una vida de calidad.

aplica fundamentalmente para referirse a las costumbres o a la vida cotidiana, pero también tiene connotaciones que van más allá, desde la relación con los objetos y la posesión de bienes, hasta la relación con el ambiente y las relaciones sociales.

Por lo tanto, es el estilo de vida (el dominante en Occidente –caracterizado por ser altamente consumista y derrochador–, es decir, el nivel de vida) el verdadero detonante de la insostenibilidad de nuestra civilización; estilo de vida que precisa de un modelo económico que no respeta los límites del planeta. La alternativa a esta insostenibilidad dependerá por lo tanto, y en buena medida, de la capacidad que tengamos como sociedad global de desplazar nuestro estilo de vida dominante del *nivel* a la *calidad de vida*.⁴⁴

La alternativa a esta insostenibilidad dependerá por lo tanto, y en buena medida, de la capacidad que tengamos como sociedad global de desplazar nuestro estilo de vida dominante del *nivel* a la *calidad de vida*

La evaluación del bienestar humano

Desde que ya en 1950 Kenneth Arrow se refiriera a la problemática de conceptualizar el bienestar social, numerosos autores han tratado de abordar este asunto sin éxito. El hecho de que no exista una definición clara de *bienestar* ha condicionado en gran medida las dificultades de su evaluación; evaluación que ha ido siempre a remolque del concepto, desde un enfoque casi exclusivamente economicista hasta la aproximación más social que hoy comienza a reconocerse.

Teoría económica vs. teoría psicológica

Las dos teorías del bienestar humano que han dominado la escena académica durante la segunda mitad del siglo XX son, por un lado, la teoría fundamentada en razones psicológicas y, por otro, la teoría basada en argumentos económicos.⁴⁵ La primera postula la existencia de una capacidad de felicidad determinada por factores genéticos y personales.⁴⁶

⁴⁴ Evaluación de los Ecosistemas del Milenio de España, *op.cit.*, pp. 12, 13.

⁴⁵ R. A. Easterlin, «Explaining happiness», *Proceeding of the National Academy of Science*, núm. 100 (19), 2003, pp. 11.176-11.183.

⁴⁶ R. E. Lucas, A. E. Clark, Y. Georgellis y E. Diener, «Reexamining adaptation and the set point model of happiness: reactions to changes in marital status», *Journal of Personality and Social Psychology*, núm. 84, 2003, pp. 527–539. D. M. Buss, «The evolution of happiness», *American Psychological Association*, N° 55 (1), 2000, pp. 15-23.

La importancia de esta teoría radica en la ausencia de aspectos económicos, sociales o naturales para la determinación del nivel de bienestar de una persona. Es la esencia del ser humano, por lo tanto, la que determinaría el nivel de bienestar que llegará a alcanzar a lo largo de su vida una persona, sin importar demasiado el contexto que lo rodee.

La segunda teoría postula la existencia de una correlación positiva entre el nivel de ingresos y el bienestar humano.⁴⁷ Esta última es en la actualidad la más usada para la determinación del bienestar humano a nivel internacional, a través de los índices creados bajo su doctrina, como el PIB per cápita.

Estas dos teorías, aparentemente opuestas, son –combinadas– la base en la determinación del bienestar humano tal y como es concebido por muchos analistas en la actualidad.⁴⁸

Sin embargo, las implicaciones derivadas de estudios recientes confirman la importancia de toda una serie de cualidades societales en la generación de bienestar humano, tales como las relaciones sociales y con la naturaleza, la salud, la seguridad, la libertad, la igualdad, la justicia, así como una mínima prosperidad material.⁴⁹ Con ello, este nuevo marco de interpretación rompe con la dicotomía psicológica-económica que ha dominado hasta finales del siglo XX para dar paso a lo que podríamos llamar la *teoría integral del análisis del bienestar humano*.

La importancia de la subjetividad en el bienestar humano

A la hora de abordar la cuestión del bienestar humano es importante establecer una nítida distinción entre sus dimensiones objetivas por un lado y sus dimensiones subjetivas por otro. Así, mientras las dimensiones objetivas se centran en los aspectos materiales y los atributos sociales, las subjetivas capturan la evaluación de los individuos sobre sus propias circunstancias; lo que piensan y sienten.⁵⁰

A pesar de haber sido considerada la felicidad –o el bienestar– como el objetivo último de la vida humana, la mayor parte de las mediciones de progreso germinadas en los países desarrollados han ignorado hasta ahora y en gran medida la dimensión subjetiva del bien-

⁴⁷ A. N. Bonini, «Cross-national variation in individual life satisfaction: effects of national wealth, human development and environmental conditions», *Social Indicator Research*, núm. 87, 2008, pp. 223-236.

⁴⁸ R. A. Easterlin, *op. cit.*, 2003.

⁴⁹ Para una discusión más detallada sobre este tema, véase: Millenium Ecosystem Assessment, *op. cit.*, 2005; R. A. Easterlin, *op. cit.*, 2003; D.M. Buss, *op. cit.*, 2000 o D.G. Myers y E. Diener, *op. cit.*, 1995.

⁵⁰ J. K. Summers, L. M. Smith, J. L. Case y R. A. Linthurst, *op. cit.*, 2012.

estar humano.⁵¹ Bajo la tácita suposición de que no hay forma fiable de valorar el bienestar subjetivo de los individuos, los círculos políticos –de forma tradicional– han antepuesto las medidas objetivas del bienestar a las subjetivas.⁵²

Sin embargo (y a pesar de –como hemos visto– la incorporación de los aspectos más indirectos e intangibles en la evaluación del bienestar humano a finales del siglo XX), lo cierto es que la larga carrera de los indicadores objetivos no parece haber logrado asentar unas bases definitivas en la medición del concepto. Quizás por ello, el interés académico por el estudio del bienestar humano subjetivo ha experimentado un auge importante en los últimos años, de la mano, principalmente, de los favorables trabajos sobre la *satisfacción subjetiva con la vida* que han venido apareciendo.⁵³

En la evaluación del bienestar humano es preciso incluir su dimensión subjetiva, eso sí, siempre como complemento a otras medidas objetivas y no de forma exclusiva

La felicidad podría definirse como el estado mental que usan los individuos para evaluar la calidad de su vida como un todo; un juicio global del disfrute de la vida en general.⁵⁴ La felicidad es, por consiguiente, algo que tenemos en la mente y que, por ello, puede ser medida haciendo preguntas.⁵⁵ Evaluar así la felicidad de las personas (a través de preguntas sobre su satisfacción con la vida) sería por lo tanto un modo de aproximarse subjetivamente al bienestar humano. Por esta razón, el presente artículo considerará como sinónimos los términos *bienestar subjetivo*, *satisfacción con la vida* y *felicidad* (en sentido restringido).

A este respecto es pertinente destacar el trabajo desarrollado por Veenhoven, el cual, tomando como piedra angular la *felicidad humana*, llegó a la conclusión de que el 77% de

⁵¹ F. N. Hupport, A. Marks, J. Clark, A. Siegrist, A. Stutzer, J. Vitterso y M. Wahrendorf, «Measuring well-being across Europe: description of the ESS module and preliminary findings», *Social Indicators Research*, núm. 91 (3), 2009, pp. 301–315.

⁵² S. Abdallah, S. Thompson y N. Marks, «Estimating worldwide life satisfaction», *Ecological Economics*, núm. 65, 2008, pp. 35-47.

⁵³ *Satisfacción* podría definirse en este caso como *el grado en que una persona percibe que se cumplen sus aspiraciones; comparando cognitivamente la vida que tiene con la que, según él, debería tener* (R. Veenhoven, *Measures of Gross National Happiness*, presentation at *OECD Conference on Measurability and Policy Relevance of Happiness*, abril 2-3, 2007, Roma). Sin embargo, existe un problema con esta definición: las personas que han vivido en contextos de mucha dificultad tienen muchas menos aspiraciones, pues hay indicadores de bienestar que ni siquiera están en su imaginario (esto es denunciado por autores como Amartya Sen, Martha Nussbaum o Zygmunt Bauman, entre otros).

⁵⁴ R. Veenhoven, 2007, *op. cit.* y «Advances in the understanding of happiness», *Revue Quebécoise de Psychologie*, núm. 18, 1997, pp. 267-293.

⁵⁵ R. Veenhoven, *op. cit.*, 2007.

la misma viene explicada por seis cualidades societales: la prosperidad material; la seguridad; la libertad; la igualdad; la hermandad y la justicia. De estas seis dimensiones, según el autor, las dos más importantes son la libertad y la justicia, pues *la mayoría de las mejoras [en la felicidad] pueden lograrse mediante políticas que se centren en estos dos aspectos*.⁵⁶

Por todo ello, numerosos autores han defendido –a la hora de evaluar el bienestar humano– la necesidad de incorporar una visión subjetiva capaz de complementar los indicadores de corte más económico y objetivo.⁵⁷

Aunque existe un consenso razonable acerca de la utilidad de la *satisfacción subjetiva con la vida* como medida de bienestar dentro de una nación, no sucede lo mismo a la hora de establecer comparaciones entre naciones, pues muchos investigadores sostienen que las diferencias culturales podrían imponer un sesgo importante (las diferencias en normas y valores culturales influirían así en cómo las personas manifiestan sentirse acerca de sus vidas).⁵⁸

Chen y colaboradores, por ejemplo, encontraron en su trabajo que los estudiantes japoneses y taiwaneses tenían menos probabilidades que los estadounidenses de utilizar los extremos de la escala de respuestas en las entrevistas sobre satisfacción con la vida.⁵⁹ Tal y como argumenta Veenhoven, la explicación a esto podría hallarse en la orientación colectivista y más modesta de determinadas culturas, que podría desincentivar las respuestas del tipo “muy feliz”.⁶⁰ Sin embargo, este autor, tras poner a prueba tal hipótesis mediante la comparación de países de diferente tradición colectivista, acabó por desecharla, pues no halló efecto alguno en la dirección predicha. Además, se ha encontrado que las respuestas de los inmigrantes en un país dado son generalmente mucho más próximas a las respuestas de la población local que a las respuestas dadas por sus compatriotas en los países de origen.⁶¹

Otros razonamientos que suelen ser utilizados para deslegitimar las comparaciones felicitarias entre naciones acostumbran a argumentar las diferencias en el lenguaje o las distintas connotaciones culturales de palabras como *felicidad* o *satisfacción*. Los estudios de

⁵⁶ R. Veenhoven, *op. cit.*, 2007.

⁵⁷ Para más información consúltese A.W. Vemuri y R. Costanza, *op. cit.*, 2006 y E. Diener, E. Suh, R. Lucas y H. Smith, «Subjective well-being: three decades of Progress», *Psychological Bulletin*, núm. 125, 1999, pp. 276-302.

⁵⁸ S. Abdallah, S. Thompson y N. Marks, *op. cit.*, 2008.

⁵⁹ C. Chen, S. Lee y H. Stevenson, «Response styles and cross-cultural comparisons of rating scales among East Asian and North American students», *Psychological Science*, núm. 6, 1995, pp. 170-175.

⁶⁰ R. Veenhoven, *Happiness in Nations: Subjective Appreciation of Life in 56 Nations 1946-1992*, Erasmus University Press, Rotterdam, 1993.

⁶¹ EIU, *The Economist Intelligence Unit's Quality of Life Index, 2005*, accesible en [www.economist.com/media/pdf/QUALITY_OF_LIFE.pdf].

Veenhoven, una vez más, desmintieron tales supuestos al no encontrarse pruebas significativas de sesgo lingüístico.⁶²

Así pues, a pesar de que es innegable que las diferencias culturales juegan un papel importante en los estudios internacionales sobre la satisfacción subjetiva con la vida, su contrastada correlación con aspectos objetivos del bienestar humano sugiere que su efecto no ha de ser tan grande.⁶³ El aspecto cultural, por lo tanto, no debería ser suficiente como para poner en duda la utilidad de las comparaciones internacionales sobre la satisfacción subjetiva con la vida.

Junto al tema cultural, otra dificultad que suele argumentarse en torno a la aproximación subjetiva del bienestar humano la hallamos en el supuesto inconveniente que esta conlleva de ser perturbada por las experiencias vividas más recientemente. Sin embargo, las pruebas empíricas de numerosos trabajos demuestran lo contrario.⁶⁴ Al ser la satisfacción subjetiva con la vida el «grado con que una persona juzga favorablemente la calidad global de su propia vida como un todo» (es decir, lo que a uno le gusta la vida que uno lleva) resulta lógico pensar que dicha valoración no varíe demasiado con el tiempo; si bien es cierto que normalmente esta valoración global depende del flujo continuo de satisfacciones instantáneas.⁶⁵

Por todo ello, el presente artículo considera y defiende que en la evaluación del bienestar humano se contemple la visión subjetiva del mismo, utilizándose, eso sí, siempre como complemento a otras medidas objetivas y no de forma exclusiva.

La literatura existente nos sugiere –tal y como indican Summers y colaboradores– que el bienestar debe ser entendido como un «fenómeno multidimensional que captura una mezcla de las circunstancias de vida de las personas, cómo se sienten y cómo funcionan».⁶⁶ De esta forma, las evoluciones y avances que en materia bienestarista nos irá deparando el recién comenzado siglo XXI deberán estar guiadas tanto por aproximaciones objetivas como subjetivas; todas ellas enmarcadas en una nueva *teoría integral*, holística y compleja del bienestar humano que, yendo más allá de las clásicas visiones puramente psicológicas y económicas, sea receptiva a los aspectos más indirectos e intangibles del mismo así como

⁶² R. Veenhoven, *op. cit.*, 1993.

⁶³ S. Abdallah, S. Thompson y N. Marks, *op. cit.*, 2008.

⁶⁴ Véase, por ejemplo, C. Graham, «The Economics of happiness: insights on globalization from a novel approach», *World Economics* núm. 6 (3), 2005, pp. 41–55; R. Veenhoven, *op. cit.*, 1993 y R. A. Easterlin, «Does economic growth improve the human lot?» En P. A. David y M. Reder (eds.), *Nations and Households in Economic Growth: Essays in Honor of Moses Abramovitz*, Academic Press, Nueva York, 1974.

⁶⁵ R. Veenhoven, *op. cit.*, 2007.

⁶⁶ J. K. Summers, L. M. Smith, J. L. Case y R. A. Linthurst, *op. cit.*, 2012.

sensible a los sistemas naturales con los que los seres humanos estamos congénitamente conectados.

La saturación económica del bienestar humano

Como es sabido, buena parte de nuestro bienestar humano se sostiene sobre la posibilidad que tengamos de cubrir determinadas necesidades materiales; necesidades que, bajo una economía de mercado, son cubiertas a través del consumo. Sin embargo, las desigualdades existentes en el mundo hacen que las oportunidades de llevar a cabo acciones de consumo no sean iguales para todos, siendo siempre mayores en las naciones más ricas y “desarrolladas”;⁶⁷ es decir, en las naciones con mayor PIB per cápita.

De esta forma, el PIB ha sido utilizado desde sus orígenes para hacer comparaciones internacionales de progreso social y de bienestar humano.⁶⁸ Sin embargo, han sido muchas las críticas que han cuestionado en qué medida los ingresos medios de un país pueden reflejar el bienestar humano de sus ciudadanos.⁶⁹

Aunque existen trabajos que discrepan,⁷⁰ los estudios realizados hasta la fecha sobre este tema han mostrado cómo, a partir de un determinado umbral (situado entre los 13.000 y los 18.000 dólares anuales por persona), el incremento de los ingresos ya no contribuye a mejorar la *calidad de vida* de las personas.⁷¹

En el gráfico 2 se muestra esta *saturación económica del bienestar humano*, conocida internacionalmente como la *paradoja de Easterlin*. Como en ella se aprecia, para los países más pobres ingresos y bienestar evolucionan de forma paralela (al destinarse en estos

⁶⁷ RS, *People and the Planet*, The Royal Society Science Policy Centre Report, abril, 2012.

⁶⁸ R. W. England, «Measurement of social well-being: alternatives to Gross Domestic Product», *Ecological Economics* Nº 25, 1998, pp. 89-103.

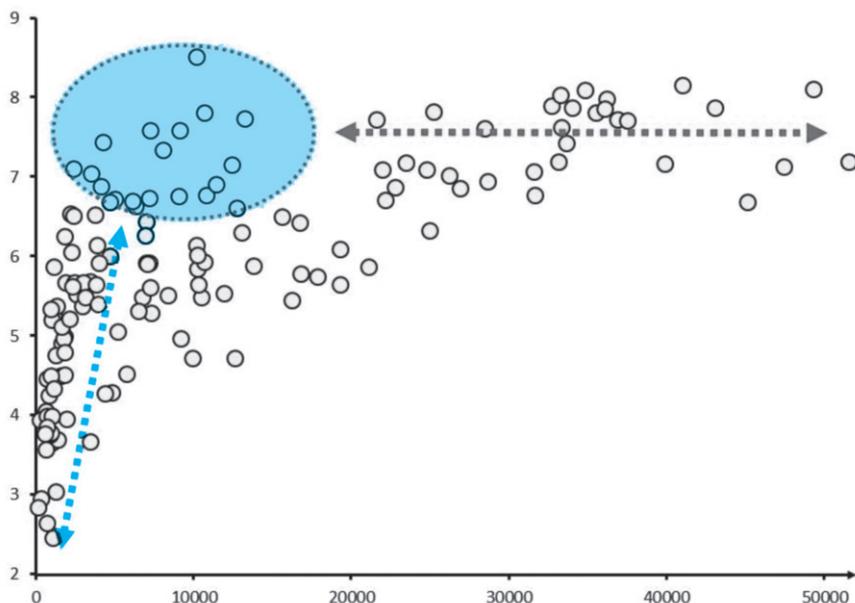
⁶⁹ Escudero y Simón (2003) señalan cinco razones para justificar las deficiencias del PIB per cápita como indicador de bienestar (rescatado de Domínguez, 2010): a) Al tratarse de una media aritmética no contempla la desigualdad social; b) no incorpora otros elementos del bienestar como la esperanza de vida, el tiempo de ocio disponible o la degradación ambiental; c) no contabiliza la producción obtenida mediante el trabajo sumergido o la que no esté contemplada por los mercados, como el trabajo doméstico o voluntario; d) prescinde del desempleo; e) computa aspectos que no generan bienestar, como los gastos militares, sin contemplar aspectos que sí lo generan, como el patrimonio artístico.

⁷⁰ Como el de B. Stevenson y J. Wolfers, «Economic growth and subjective well-being: reassessing the Easterlin paradox», *Brookings Papers on Economic Activity*, 2008, pp. 1-87.

⁷¹ Para una información más amplia, consúltese: R. Costanza, M. Hart, S. Posner y J. Talberth, «Beyond GDP: the need for new measures of progress», *Pardee Papers*, Nº 4, Pardee Center for the Study of the Longer-Range Future, Boston, 2009; E. Diener y M.E.P. Seligman, «Beyond money: toward an economy of well-being», *Psychological Science in the Public Interest*, núm 5 (1), 2004, pp. 1-31; R. A. Easterlin, *op. cit.*, 2003; R. Inglehart y H. D. Klingemann, «Genes, culture, democracy, and happiness», en: E. Diener y E.M. Suh (eds.), *Culture and Subjective Well-being*, MIT Press, Cambridge, 2000, pp. 165-184; y M. Max-Neef, «Economic growth and quality of life: a threshold hypothesis», *Ecological Economics*, núm. 15, 1995, pp. 115-118.

casos prácticamente la totalidad de los ingresos a satisfacer las necesidades más básicas). Sin embargo, una vez que se alcanzan unos ingresos determinados (necesarios y suficientes para garantizar el acceso a los materiales básicos para una vida buena) el incremento en los mismos ya no lleva aparejado incrementos relevantes en el bienestar humano.

Gráfico 2. Relación entre los ingresos y la satisfacción con la vida



Fuente: elaboración propia a partir de datos de The Central Intelligence Agency (www.cia.gov); World Development Indicators -The World Bank (<http://data.worldbank.org/data-catalog/world-development-indicators>) y The New Economics Foundation (<http://www.neweconomics.org/>).

Se distinguen 3 zonas básicas en la gráfica: en la primera (flecha azul) se orientan las naciones más pobres y donde pequeños incrementos en la renta conllevan grandes aumentos en la satisfacción; en la segunda (flecha gris) se localizan los países más ricos y donde la relación entre las dos variables ha desaparecido por completo, pudiéndose incrementar enormemente los ingresos sin que ello conlleve respuesta alguna sobre la satisfacción con la vida; en la tercera zona (círculo azul) se encuentran países que logran altos niveles de bienestar subjetivo con ingresos sencillos, que no superan los 15.000 dólares.

Diener y Seligman calcularon la correlación entre la satisfacción media con la vida y el PIB per cápita para aquellas naciones cuyos ingresos medios eran superiores a los 10.000 dólares anuales. La correlación que obtuvieron fue insignificante; lo que confirma el casi nulo efecto que los ingresos tienen sobre el bienestar humano una vez se han cubierto las necesidades más básicas.⁷² De esta forma, ingresos y bienestar suelen evolucionar parale-

⁷² E. Diener y M.E.P. Seligman, *op. cit.*, 2004.

lamente solo hasta los 10.000-13.000 dólares anuales por persona.⁷³ Por encima de este umbral no parece existir correlación alguna –ni positiva ni negativa– entre nivel económico, por un lado, e indicadores de bienestar, por otro.⁷⁴

Estudios similares que utilizan otros indicadores en su comparación con la satisfacción subjetiva con la vida, como el consumo de energía o las emisiones de CO₂ per cápita, han mostrado la misma tendencia asintótica.⁷⁵ Así pues, el consumo de energía y las emisiones de CO₂ per cápita evolucionan paralelamente a la satisfacción con la vida hasta un determinado umbral; umbral localizado en torno a las 5 toneladas equivalentes de petróleo per cápita (Tep) de consumo energético y a las 13 Tep de emisiones de CO₂. Por encima de este umbral la relación entre las variables desaparece totalmente.⁷⁶

Todo esto nos hace pensar que las naciones “desarrolladas” ya sobrepasaron este umbral, pues, siendo su ingreso medio anual per cápita bastante mayor a los 13.000 dólares, el bienestar humano y los niveles declarados de satisfacción subjetiva con la vida no solo no se han incrementado en las últimas décadas, sino que parecen incluso estar descendiendo. Ejemplos de esta relación han sido bien reportados en algunos países como EEUU y Japón, donde, a pesar de haberse triplicado entre 1950 y 2002 el salario medio del primero –y multiplicado por 5,4 en el segundo entre 1958 y 1988– la felicidad declarada permaneció prácticamente constante en ambos países.⁷⁷

Estas evidencias relativas a la relación existente entre bienestar humano e ingresos refuerzan la convicción anteriormente expuesta de la necesidad que deberíamos tener de dejar atrás los prismas economicistas a la hora de evaluar el bienestar humano para dar paso a una *teoría integral* del mismo.

Necesidades, ¿limitadas o ilimitadas?

Un elemento que subyace a la conceptualización del término *bienestar humano* es, como hemos visto, la satisfacción de las necesidades humanas.⁷⁸

⁷³ R. Inglehart y H.D. Klingemann, *op. cit.*, 2000.

⁷⁴ G. Bäckstrand y L. Ingelstam, *¡Suficiente! Retos globales y estilos de vida responsables*, Fundación Dag Hammarskjöl, Uppsala, 2006, p. 33.

⁷⁵ M. Aguado, *El coste energético del bienestar humano*, Tesis de máster, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Máster Universitario en Cambio Global, 2009.

⁷⁶ M. Aguado, *op. cit.*, 2009.

⁷⁷ R. Ramírez, *op. cit.*, 2008. G. Gardner y E. Assadourian, «Rethinking the good life», en Worldwatch Institute (Ed.), *State of the World 2004, Special Focus: the Consumer Society*, Norton, Nueva York, 2004, pp. 164-179. E. Diener y M. E. P. Seligman, *op. cit.*, 2004.

⁷⁸ D.G. Myers y E. Diener, 1995, *op. cit.*

Existen dos clases de *necesidades básicas universales*: i) las *fisiológicas*, comunes a todos los seres humanos (e incluso a todos los animales), como la nutrición, la protección física o el descanso; y ii) las *psicosociales*, que son fruto de la capacidad humana de imaginar mucho más allá de las exigencias naturales de su propio organismo, entre las que encontramos necesidades como el reconocimiento, la autoestima o la pertenencia a una comunidad.⁸⁰

Las necesidades humanas son cubiertas a través del consumo. Cuando se habla coloquialmente de *consumo* se entiende el consumo de cosas, de bienes, de artefactos. Conviene resaltar, sin embargo, que este tipo de consumo (el material) no es el único existente, pues también está el consumo no material. Mientras que ambos consumos son imprescindibles para satisfacer las necesidades humanas y obtener bienestar humano, solo el primero de ellos tiene implicaciones sobre la sostenibilidad del planeta.⁸¹ Mientras que consumir bienes (artefactos) y servicios mercantiles (que impliquen la puesta en marcha de materiales y energía) tiene repercusión sobre los ecosistemas, consumir –por ejemplo– relaciones sociales (a través, póngase el caso, de una agradable charla con los amigos a la luz de la luna) no lo tiene. En este sentido, y bajo el contexto inevitablemente finito que representa la realidad biofísica de nuestro planeta, establecer qué constituye una necesidad y qué no será crucial a la hora de lidiar con un futuro justo y sostenible para la humanidad.

La capacidad de satisfacer las necesidades básicas ha sido tradicionalmente abordada mediante el uso de indicadores económicos. No obstante, los grupos de opinión en torno a este concepto podrían dividirse nuevamente en función de su visión: i) psicológica y sociológica, o ii) económica.

Bajo la perspectiva psicológica y sociológica se entienden las necesidades como limitadas. Tras este enfoque encajaría la clasificación de los placeres de Epicuro, descrita hace más de 2.350 años. Entre las clasificaciones contemporáneas con más repercusión en el ámbito científico podemos destacar la jerarquía de las necesidades de Maslow, que se estructura en un total de siete grupos de necesidades agrupados en una pirámide de cinco niveles. La satisfacción de los niveles más bajos, tales como las necesidades fisiológicas (hambre, sed, etc.) o las de seguridad, conlleva a la preocupación por otro tipo de necesidades más sociales, como la búsqueda de afecto, la pertenencia a un grupo o, incluso, la realización personal. Es decir, que las necesidades más altas ocupan nuestra atención sólo cuando se han satisfecho las necesidades inferiores de la pirámide.⁸²

Otros autores, como Max-Neef, discrepan en la estructura de dicha clasificación y proponen una agrupación de las necesidades humanas en nueve grupos que el ser humano

⁸⁰ J. Sempere, *Mejor con menos, Necesidades, explosión consumista y crisis ecológica*, Crítica, Barcelona, 2009.

⁸¹ RS, 2012, *op. cit.*

⁸² A.H. Maslow, «A theory of human motivation», *Psychological Review*, núm. 50, 1943, pp. 370-396.

tiende a satisfacer al unísono (subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, creación, ocio, identidad y libertad). Según el autor, las necesidades humanas son limitadas, identificables y comunes a todas las culturas y periodos históricos. Lo que varía en función de la cultura y del tiempo no son por lo tanto las necesidades humanas sino los medios o maneras de satisfacerlas, es decir, los “satisfactores”, los cuales sí que cambian en función del sistema económico, político o social, estando culturalmente determinados. De esta forma, conceptos tales como alimento, vivienda o abrigo no serían necesidades humanas sino satisfactores de una misma necesidad: la subsistencia.⁸³

Las necesidades humanas más básicas, por consiguiente, se erigen como la dimensión más importante (o la primera) del bienestar humano,⁸⁴ ya que sin estar estas cubiertas es muy difícil atender al resto de dimensiones,⁸⁵ como por ejemplo las relaciones sociales o la libertad.

Bajo la perspectiva económica, la palabra *necesidad* se considera obsoleta y poco funcional, siendo sustituida por términos como deseos, preferencias y demandas.⁸⁶ En la actualidad, la capacidad del ser humano para producir, bajo una economía de mercado, bienes y servicios a gran escala provoca la posibilidad de un acceso masivo a tales bienes, lo que supone un aumento importante en la capacidad de consumo material de cada persona. Junto a ello, la continua innovación tecnológica a la que asistimos nos permite concebir como necesarios artefactos y hábitos que se originaron como superfluos y que en un primer momento sólo eran accesibles para una adinerada minoría. Esto, como nos recuerda Sempere, posibilita –por mimetismo– «una carrera indefinida hacia consumos crecientes en todas las clases de la sociedad».⁸⁷

De esta manera, se fomenta la concepción ilimitada de las necesidades,⁸⁸ apoyada y sustentada por las sociedades capitalistas de los países desarrollados. El problema del consumo material (en adelante consumo a secas) surge cuando este se realiza de forma irracional e innecesaria,⁸⁹ más allá de lo imprescindible, fomentando la *sociedad de la insaciabilidad*,⁹⁰ donde no se distingue entre necesidades básicas y preferencias insustanciales.

⁸³ M. Max-Neef, *Desarrollo a escala humana: conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Nordan Comunidad, Montevideo, 1993.

⁸⁴ J.K. Summers, L.M. Smith, J.L. Case y R.A. Linthurst, 2012, *op. cit.*

⁸⁵ R. Costanza *et al.*, *op. cit.*, 2007. M. Max-Neef, *op. cit.*, 1992. A. H. Maslow, *Motivation and Personality*, Harper, Nueva York, 1954.

⁸⁶ W. Allen, *Midnight Economist: broadcast essays III*, International Institute for Economic Research, Los Angeles, 1982.

⁸⁷ J. Sempere, *op. cit.*, 2009.

⁸⁸ T. Jackson, W. Jager y S. Stagl, «Beyond Insatiability—needs theory, consumption and sustainability», en: L. Reisch e I. Røpke (Eds.), *Consumption—Perspectives from Ecological Economics*. Edward Elgar, Cheltenham, pp. 79-107, 2004.

⁸⁹ D.M. Buss, *op. cit.*, 2000.

⁹⁰ T. Jackson, W. Jager y S. Stagl, *op. cit.*, 2004.

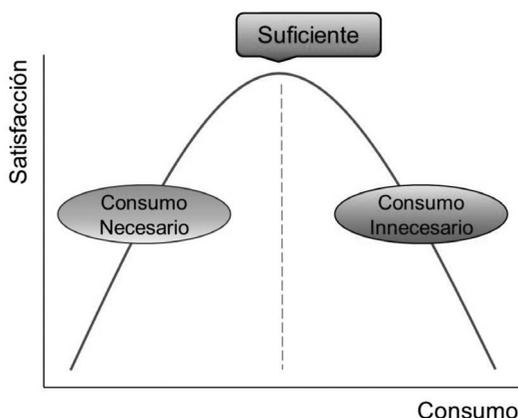
Como escribe Eagleton, «el ser humano es el Hombre Fáustico, de ambición demasiado voraz para su propio bienestar y eternamente impelido más allá de sus propios límites por el reclamo de lo infinito. Esta criatura hace el vacío a todas las cosas finitas en su arrogante relación amorosa con lo ilimitable».⁹¹

Así, la esencia misma del modelo económico capitalista, basado en la continua producción de bienes y servicios a disposición de la sociedad –y en un espíritu comprometido con el crecimiento económico– nos obliga a invertir la mayor parte de nuestras energías en asuntos puramente utilitarios.⁹² Esto conlleva a los ciudadanos al imperativo moral de consumir, lo que podría considerarse como la definición moral de las *sociedades consumistas*.⁹³

Si bien es cierto que a través del consumo podemos obtener los bienes y servicios necesarios para satisfacer algunas de nuestras necesidades, el modelo capitalista se ha especializado en distorsionar nuestra concepción de *necesidad*, haciéndonos creer que necesitamos de un consumo continuado y desproporcionado para alcanzar la felicidad. Y no es así.

El gráfico 3 refleja cómo la relación entre la cantidad de consumo y la calidad o satisfacción percibida por él no es lineal, sino que suele adoptar la forma de una “U” invertida.⁹⁴

Gráfico 3. Relación entre consumo y satisfacción



Fuente: modificado de G. Bäckstrand y L. Ingelstam, *op. cit.*, 2006.

En una primera fase, incrementando el consumo se logran aumentos sustanciales de la satisfacción. Sin embargo, de continuar con dicha tendencia, la satisfacción llega a un máximo para después comenzar a descender. Los mayores niveles de satisfacción se alcanzan para niveles medios de consumo donde lo “suficiente” ha sido alcanzado.

⁹¹ T. Eagleton, *Sobre el mal*, Península, Barcelona, 2010, p.37.

⁹² T. Eagleton, *El sentido de la vida*, Paidós, Barcelona, 2008.

⁹³ J. Baudrillard, *La sociedad de consumo*, Plaza & Janes, Barcelona, 1974.

⁹⁴ G. Bäckstrand y L. Ingelstam, 2006, *op. cit.*

En la primera parte de la gráfica, donde la satisfacción se incrementa, los bienes consumidos responden en gran medida a artículos de primer orden, capaces de cubrir nuestras necesidades más básicas y fundamentales. La segunda mitad de la gráfica, por el contrario, representa una zona donde el consumo creciente de bienes y artefactos se ha tornado contraproducente, pues al estar ya cubiertas las necesidades más importantes, las nuevas adquisiciones se vuelven insulsas e insustanciales. La *adaptación hedónica* y nuestra mala costumbre de compararnos siempre con los demás (*teoría de la privación relativa*) explicarían, al menos en parte, este efecto.⁹⁵

El capitalismo ha distorsionado nuestra concepción de necesidad, haciéndonos creer que necesitamos de un consumo desproporcionado para alcanzar la felicidad

Por lo tanto, una vez resueltas las necesidades más fundamentales, seguir premiando los hábitos de consumo incrementa nuestro bienestar solo hasta un determinado punto (el denominado por Bäckstrand y Ingelstam como *suficiente*). Superado este, la insatisfacción comienza a ganar terreno y el despilfarro del sobreconsumo ya no contribuye al aumento de la satisfacción ni del bienestar humano.⁹⁶

La cantidad consumida de bienes y servicios (lo que es frecuentemente medido a través del PIB) no nos informa sobre qué es lo que la gente hace con estos bienes y servicios para enriquecerse interiormente como seres humanos.⁹⁷ Las posesiones no determinan pues la calidad de vida de las personas, sino que definen su nivel de vida. Es la capacidad de las personas para transformar estos bienes y servicios en realizaciones lo que al fin y al cabo determina una vida buena. Como defiende Sempere, las necesidades que van más allá de las puramente fisiológicas son construcciones humanas, por lo que debería ser posible *deconstruirlas* y reconstruirlas sobre un nuevo cimiento ético en donde primen los comportamientos no adquisitivos y donde se ejercite el ser y el hacer por delante del tener.⁹⁸

Nuestra identidad, nuestros sentimientos, nuestros sueños y deseos están atravesados por bienes materiales. Creemos que nuestra libertad depende del acceso ilimitado a dichos

⁹⁵ R.A. Easterlin, *op. cit.*, 2003. C. D'Ambrosio y J. Frick, «Income satisfaction and relative deprivation: an empirical link», *Social Indicators Research*, núm. 81, 2007, pp. 497-519.

⁹⁶ J. Riechmann, *Cómo vivir...*, *op. cit.*, 2011.

⁹⁷ M. Gualavisi y J. Solano, «Desigualdad subjetiva», en: A. SerranoMancilla (Coord.), *¡A (re)distribuir! Ecuador para todos*, SEMPLADES, Ecuador, 2012.

⁹⁸ J. Sempere, *op. cit.*, 2009.

bienes. Sin embargo, existen movimientos sociales (feminismo, ecologismo, pacifismo) comprometidos con formas directas de acción social de carácter posmaterialista: identidad, derechos, medio ambiente... Enriquecer al cuidado de estos valores y convertirlos en fuente de bienestar humano ha de abrirse como alternativa al falso bienestar de necesidades creadas y consumismo inducido. Se trata, al fin y al cabo, de curarse de lo que los antiguos griegos llamaron *hybris*: esa desmesura humana que parece caracterizar a nuestra especie y que nos hace ansiar el *tener* por encima de todas las cosas, aunque ello signifique –paradójicamente– renunciar a nuestro propio bienestar.⁹⁹

De esta desmesura humana se aprovecha el capitalismo, pues como nos recuerda González Faus, el sistema económico –tal y como es concebido hoy en Occidente– no funcionaría sin un bienestar conceptualmente asociado a los comportamientos consumistas.¹⁰⁰ Por ello, para el capitalismo, la producción más importante es la *producción de insatisfacción*, que nos alienta a consumir como un fin en sí mismo, proponiéndonos *poseer todas las cosas a cambio de estar solos*; lo que convierte al capitalismo en un enemigo declarado del bienestar humano.¹⁰¹

Romper con esta *hybris* a través de la educación y la concienciación social y el fortalecimiento de los vínculos comunitarios se vislumbra crucial para afrontar los retos del nuevo milenio. Avanzar hacia sociedades sostenibles, justas y felices significa salir del anonimato del individualismo materialista en pro de mejorar el vínculo y la solidaridad social.

Desmontando el mito de la Modernidad

La conclusión obvia de todo lo visto hasta ahora es que, una vez han sido cubiertas las necesidades humanas fundamentales, parece que continuar ensalzando el crecimiento económico –a través de un creciente consumo y de unos ingresos cada vez más altos– puede repercutir incluso negativamente sobre el bienestar humano,¹⁰² al ser descuidadas otras dimensiones fundamentales del mismo, como pueden ser, entre otras, las relaciones sociales.

¿Qué sentido puede tener entonces defender el crecimiento económico y el consumo creciente de bienes y servicios cuando dicho comportamiento no se traduce en mayores

⁹⁹ Manuel Sacristán, en su libro *Pacifismo, ecología y política alternativa* plasmó de forma magnífica esta idea: «Hemos de reconocer que nuestras capacidades y necesidades naturales son capaces de expansionarse hasta la autodestrucción. Hemos de ver que somos *biológicamente* la especie de la *hybris*, del pecado original, de la soberbia, la especie exagerada» (Sacristán, 1987).

¹⁰⁰ J.I. González Faus, «Nada con puntillas: fraternidad en cueros. La lucha por la justicia en una cultura nihilista», *Cuadernos de Cristianismo i Justicia*, núm. 166, p. 16.

¹⁰¹ J. Riechmann, 2011(a), *op. cit.*

¹⁰² RS, 2012, *op. cit.*

niveles de satisfacción y bienestar? Probablemente ninguno. Como lo expresa J. Riechmann, el consumismo y el crecimiento económico no son ni síntomas de felicidad ni actividades que puedan asegurarnos su conquista.¹⁰³

La asunción por parte del actual modelo hegemónico de que el crecimiento en el consumo es la clave para mejorar nuestro bienestar (entendido, en este caso, como *nivel de vida*) constituye uno de los mayores obstáculos para alcanzar un bienestar humano sostenible, pues –sin lograr incrementar la *calidad de vida*– es el principal responsable de la crisis ecológica y de las penurias sociales que nos envuelven. Así, a medida que determinadas naciones se hacen más y más ricas, no solo se produce un aumento en la privación de recursos para el resto del mundo –bajo un escenario planetario de recursos finitos e inequidad–¹⁰⁴ sino que la satisfacción con la vida de dichos países no mejora y encima las tasas de desigualdad,¹⁰⁵ depresión, desconfianza y problemas sociales comienzan a aumentar de forma espectacular.¹⁰⁶

Un crecimiento económico continuado y un planeta con sostenibilidad ecológica y social son elementos difícilmente conciliables, al menos en el medio-largo plazo. Es necesario recordar que el crecimiento continuo de la economía no puede sostenerse indefinidamente, al ser esta un subsistema de la ecosfera, que es un sistema finito.¹⁰⁷ Bajo esta máxima –que constituye el postulado principal de la economía ecológica– resulta lógico afirmar que el modelo de desarrollo hegemónico actual no es universalizable en un planeta de biocapacidad finita. En palabras de Acosta, «el desarrollo, en tanto reedición de los estilos de vida de los países centrales, resulta irrepetible a nivel global».¹⁰⁸ Por lo tanto, el famoso *mito de la Modernidad* –que sostiene que el único camino para alcanzar el *desarrollo* es el marcado por las naciones del Norte,¹⁰⁹ camino que todos los países deberían seguir sin vacilar– no es más que una falacia. Entre otras cosas, este mito nos vendía la cínica idea de poder lograr la distribución global de la riqueza y la sostenibilidad medioambiental de la mano del

¹⁰³ J. Riechmann, *¿En qué estamos fallando?: cambio social para ecologizar el mundo*, Icaria, Barcelona, 2008.

¹⁰⁴ RS, *op. cit.*, 2012.

¹⁰⁵ El incremento en las desigualdades, tal y como muestra el interesantísimo estudio desarrollado por Wilkinson y Pickett (R. Wilkinson y K. Pickett, *Desigualdad: una análisis de la (in)felicidad colectiva*, Turner, Madrid, 2009.), tiene significativas repercusiones sobre otros aspectos del bienestar humano, tales como la educación; la esperanza de vida; la mortalidad infantil; la incidencia de enfermedades mentales; el consumo de drogas; las tasas de obesidad y sobrepeso o el número de homicidios (siendo todos ellos mayor en aquellos lugares donde mayor es la desigualdad).

¹⁰⁶ E. Diener y M.E.P. Seligman, *op. cit.*, 2004.

¹⁰⁷ U. Bardi, *The Limits to Growth Revisited*, Springer, New York, 2011. H.E. Daly, *Beyond growth*, Beacon Press, Boston, 1996.

¹⁰⁸ A. Acosta, *De las alternativas del desarrollo a las alternativas al desarrollo*, I Encuentro Internacional del Programa de Cooperación Interuniversitaria e Investigación Científica “Construyendo el Buen Vivir”, PYDLOS - Universidad de Cuenca, Ecuador, noviembre de 2011, p. 35.

¹⁰⁹ W.W. Rostow, *The stages of Economic Growth: A non-communist manifesto*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.

crecimiento económico. El crecimiento económico como panacea y la idea de un bienestar monetarizado y conceptualmente ligado a las conductas consumistas han sido pues los dos grandes axiomas de este engañoso mito.

El “incuestionable” modelo de desarrollo del sistema hegemónico occidental bajo el cual se enmarca hoy el tan idolatrado *nivel de vida* ha fracasado, pues está demostrando ser inviable e insostenible. Esto, como sostiene J. Morales, «pone en crisis no solamente un modelo de desarrollo, sino fundamentalmente al proyecto civilizatorio que lo ha generado, expandido e impuesto en el mundo».¹¹⁰

Las principales consecuencias de este fracaso se visibilizan fundamentalmente en la esfera medioambiental y en la esfera social, a través, respectivamente, de una crisis ecológica cada vez más alarmante¹¹¹ y de unas desigualdades sociales cada vez más acusadas¹¹². Y la causa esencial de todo esto la encontramos, al fin y al cabo, en el desajuste global existente entre el ser humano y la naturaleza; un desajuste provocado en su inmensa medida por el despilfarrador comportamiento que caracteriza a los habitantes de ciertos sectores sociales de las naciones más ricas del planeta. Estas naciones, movidas por unos modelos económicos depredadores y unos estilos de vida insaciables, han originado –a conciencia y con los años– una inmoral deuda ecológica hacia los países del Sur (poseedores de un mayor capital natural) que les permite mantener el insostenible e ilícito comportamiento que articula y da sentido al hegemónico sistema capitalista bajo el cual se encuentran.

Toda esta desarticulación socio-ecológica que caracteriza la injusta e insostenible realidad de nuestro tiempo debería traducirse en rotundos esfuerzos científicos encaminados a contextualizar correctamente la realidad ecológica sobre la que se asienta el bienestar humano. Nuevos estudios en este sentido son recomendables para iluminar la incierta senda del ser humano a través de los siglos venideros.

Por todo lo dicho, y a modo de corolario, urge entender que no hay una única forma de *ser* en el mundo, y que el desarrollo de cualquier sociedad –de su cultura, cosmovisión, epistemología, etc.– no se da a través de una ruta marcada, pues somos fruto de nuestras propias coyunturas históricas y de los procesos que de ellas desembocaron.¹¹³ Es necesario,

¹¹⁰ J. Morales, Desarrollo regional desde lo local. La red de alternativas sustentables agropecuarias de Jalisco, En: P. Torres (Coord.), *Desarrollo regional y sustentabilidad en México*, Universidad Autónoma Metropolitana, DF, 2005, p. 410.

¹¹¹ Millenium Ecosystem Assessment, *op. cit.*, 2005.

¹¹² R. Wilkinson y K. Pickett, *op. cit.*, 2009.

¹¹³ J. A. Fuentes, *La crisis del paradigma epistémico hegemónico: de por qué el mundo no funciona y otros asuntos; en búsqueda de causas y explicaciones*, Proyecto fin de máster, Universidad Pablo de Olavide, Máster en Desarrollo Económico y Sostenibilidad, 2011.

como sostiene Unceta, realizar *un esfuerzo teórico orientado a la redefinición del concepto de desarrollo*¹¹⁴. Y junto a ello, debemos redefinir también el concepto de bienestar humano en una iniciativa colectiva encaminada a alejarse del enfoque dominante de Occidente orientado hacia un estilo de vida mercantilizado y deshumanizado. La sostenibilidad social y ecológica del planeta de ello dependerá.

¹¹⁴ K. Unceta, «Desarrollo, subdesarrollo, maldesarrollo y postdesarrollo: una mirada transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones», *Carta Latinoamericana*, núm. 7, 2009, pp. 1-34.